

**En esa marquesina**  
**Sylvestre Sylver**

**21/6/2024**

*Por más lunas llenas que vea nacer, hay mínimas posibilidades de que la señorita Milagros alcance su inviable misión: lograr encontrar o, mejor dicho, crear una pizca de empatía en mi ser, inclusive ya le hubiera comunicado un millar de veces que eso es remotamente imposible.*

*Mi insistente profesora ha tenido la maravillosa e ingeniosa idea de, en vez de dejarme los escasos meses de vacaciones que tenemos para expandir mis conocimientos en temas que me apasionen, como la astronomía, o en poder desconectar de las estupideces de los chimpancés que tengo por compañeros, ponerme de deberes un poema sobre la empatía. ¿Pero, quién se cree que es? ¿Cómo ha llegado a la errónea conclusión de que lo que más me conviene estas vacaciones es escribir un presuntuoso poema sobre el ridículo sentimiento llamado empatía? Como si a mí me hiciera falta.*

*En fin, me parece una completa, y disculpa ante todo por la palabra, querido Diario; una completa y extravagante defecación.*

**23/6/2024**

*No me gustan ni me gustarán nunca los lunes. Antes de que llegaran las esperadas vacaciones de verano, la semana me daba una calurosa bienvenida, otorgándome una hora entera para mí solo con mi profesora de lengua, la cual también ejercía el rol de tutora. Una verdadera tortura para mis orejas.*

*En esas entrañables reuniones, la señorita Milagros me deleitaba con sus promesas vacías, en las que me decía que algún día lograría cambiar mi opinión versus los demás mortales que me rodeaban. Tiempo atrás, me lo creí. Ahora, con la amargura de la experiencia que mis dieciséis años me han dado, me he dado cuenta de que ese mantra que me recitaba cada lunes es francamente imposible de que ocurra. Por más poemas que me haga hacer.*

*Mañana, lunes 24 de junio, empiezo mi campus de verano, que organiza el instituto, y donde el objetivo principal es socializar y crear vínculos con mis supuestos iguales.*

*No me desagrada la idea, si soy sincero. Me tiene intrigado, por lo que me deparará.*

**24/6/2024**

*AY DIOS MÍO. ¿Cómo caracoles se supone que debo expresar con palabras los acontecimientos sucedidos hoy?*

*El día ha iniciado de la forma más monótona posible, con una alarma. Casi pareciera que la misma me hubiera cogido estima, ya que no ha errado ni una sola vez desde que la programé.*

*Tal y como dicta mi rutina, me he levantado de la cama en dirección al baño, donde me lavo los dientes y me aseo. Cinco minutos y treinta y dos segundos exactos después, ya estaba vestido.*

*A las 7:20 de la mañana ya me encontraba en la cocina desayunando, para posteriormente salir de casa con la finalidad de llegar a la parada del bus, el cual me trasladaría al polideportivo donde se lleva a cabo el campus.*

*Mi casa se encuentra a unos 786 metros de la marquesina, por lo tanto, llegué a mi destino en nueve minutos, a mi paso.*

*Por el recorrido, divisé mi astro favorito, la Luna, y asimismo creo que logré ver a Marte, superficialmente.*

*Habitualmente, yo era el único ser que aguardaba el autobús en esa marquesina, pero hoy no. Había alguien. Alguien que no debería estar allí. Nadie, aparte de mí, espera el bus en ESA marquesina. ¿Qué hacía allí, ese individuo?*

*Pues, querido Diario, no te lo podrás ni imaginar. Porque yo todavía no lo hago.*

*Por lo que podía observar desde donde me encontraba, era una mujer de apariencia joven, con nariz prominente. De su piel clara destacaban sus gruesas cejas, que eran a la vez opacadas por sus brunos ojos. Ojos, que parecían perdidos, como si estuvieran esperando a alguien que nunca llegaría.*

*Su vestimenta era lo que más destacaba, ya que vestía un abrigo de terciopelo marrón, junto a unos pantalones de lino. Pero, lo que de verdad me desconcertaba de la mujer era el sombrero de copa negro que llevaba.*

*Lentamente, me acerqué a la extraordinaria mujer, con desconfianza, por el hecho de que todavía no me cuadraba que alguien externo a mi persona estuviese en ESA marquesina.*

*Pegué un sobresalto cuando nuestras miradas se encontraron, casi de manera sobrenatural. Me regaló una monumental sonrisa torcida y me señaló el sitio vacío que había a su lado con un ademán. Me estresaba la situación, mucho, pero decidí acercarme, ya que si no lo hacía había posibilidades de perder el autobús, y eso era peor que compartir estancia con una mujer extraña y peculiar.*

*Cuando quise darme cuenta, ya me encontraba delante de ella.*

— Al final de la tarde, dime tú, ¿qué nos queda? - Dijo de repente. Mientras contemplaba mi rostro, como si yo ya supiese la respuesta, y esperase a que le contestara.

— ¿Hm? - Gruñí incrédulo. Mirando al suelo.

— Veo que aún no ha descubierto mi esencia, pero lo hará. El tiempo se encargará de desvelarlo.

*Cómo deseaba que viniera ya el autobús.*

*Sutilmente, me fui apartando más de la entidad con sombrero, pero, para mala suerte mía, se dio cuenta.*

— Nos encontraremos, más cerca de lo que sus pensamientos puedan imaginar.

*Y dicho eso se marchó por dónde yo vine. Dejándome completamente solo. Como si nunca hubiera estado allí.*

*A las siete y treinta y dos minutos llegó el autobús.*

**1/7/2024**

*Me tenía tan distraído lo que tuvo lugar la semana anterior, que ni he vuelto a escribir. Me disculpo, querido mío.*

*Por si te lo preguntabas, el campus no ha cambiado. Nada en absoluto, siquiera los monitores ni las actividades programadas. Eso me agrada. El único inconveniente es que, a partir de hoy, el campamento empezará media hora más tarde. Eso no me agrada. No pienso cambiar mi alarma.*

*Deseo que las palabras finales del ser de la semana pasada no sean acertadas, ya que si no tendría que compartir estancia treinta minutos más de lo que me gustaría.*

*Hoy volvía a ser lunes.*

*El camino se me hizo eterno, por suerte solo eran nueve minutos. Poco a poco empecé a divisar mi marquesina, y con ella también a una entidad, que sin ningún tipo de sospecha, era la mujer con sombrero.*

*En ese momento preciso, me planteé considerar dar marcha atrás y no ir al campus, pero no. También pensé que en vez del bus, podría ir en bicicleta, pero tampoco me convencía.*

*Si no quería cambiar mi rutina, que no pensaba hacerlo, tenía que ir en bus.*

*O sea, encontrármela a ella.*

*El corto trayecto que había entre su persona y la mía, fue suficiente para arrepentirme al instante de no haber dado media vuelta.*

*Me estremecí cuando volví a sentir su mirada, penetrando en mi interior.*

*Llevaba la misma ropa que el día que la conocí. ¿No sabe que es una lavadora, esta mujer? Independientemente de lo repugnante que se me hiciera su presencia, me acerqué más, quedando casi a su lado.*

*La mujer, notando mi presencia, levantó la cabeza.*

— Al final de la tarde, dime tú, ¿qué nos queda? — *Me volvió a repetir, esta vez sin mirarme a los ojos.*

— *Mira, por más veces que repitas esta oración no la contestaré. — Exclamé de repente. Por diversas razones, exactamente; la primera, no la conozco, y yo no hablo con desconocidos. Exceptuando a los que mis padres me dicen que tengo que hablar; la segunda, me parece usted de lo más inusual, y a mí no me gusta lo inusual. Y para concluir; no sé la respuesta. Y eso me molesta. Así que, por favor, no me vuelva a dirigir la palabra. Gracias.*

*Una vez terminé de desahogarme, inspiré fuertemente y miré al suelo.*

— Veo, sí, veo que una vasta labor nos aguarda, ¿no es así, Elio? Que el tiempo nos reencuentre. Hasta mañana.

— ¿Qué? — *Respondí alucinando.* — Espera, ¿qué?

*Cada día entiendo menos cómo caracoles supo mi nombre.*

## **Viernes 21 de febrero de 2035**

Desde ese lunes cambió todo. Con el tiempo, para bien o para mal, yo cambié.

Recuerdo que ese día fue de los pocos que no me sentí cómodo en el campus, estaba angustiado por el comentario que la mujer formuló en nuestro anterior encuentro.

Si no recuerdo mal, a lo largo del día llegué a teorizar que ella no era una mujer, ni tan solo un ser vivo. Más bien, un ente, que vino a mí por una razón; ya fuese para llevarme al infierno, como Caronte lleva las almas de los muertos al otro lado del río, o porque yo era el chico elegido, como Neo en la película Matrix. Por eso mismo fue que al día siguiente, martes, que en teoría no debería haber coincidido con la mujer en la marquesina, al hacerlo, no me extrañé. Al contrario, me emocioné.

Inicialmente, me acerqué al sujeto con sombrero con cautela, ya que no estaba seguro de qué teoría sería la acertada. Este pensamiento no se prolongó demasiado, puesto que al instante de llegar a su lado, ella me miró y con sutileza expresó lo siguiente:

— Buen día, Elio, ¿cómo se encuentra hoy?

— Bien. — le contesté, viéndola por primera vez a los ojos.

— Fantástico. — me dijo.

Y con esa palabra terminó nuestra conversación.

A la mañana siguiente pasó exactamente lo mismo, sin una mínima alteración. También a la siguiente. Pareciera que estuviésemos en un bucle temporal que no terminase nunca, a menos que alguien hiciera algo.

Fue con el pasar de los días que llegué a esa conclusión; la de que ella estaba esperando a que fuera yo quien diera el paso. Me estaba dando espacio, para que me acostumbrara a su compañía.

Por eso decidí que en nuestro próximo encuentro cambiaría la monotonía que habíamos creado.

No dormí durante toda la noche, maquinando cómo lo iba a hacer. Cerca de las 4:47 de la madrugada obtuve la respuesta. El resto de la noche, dormí.

Me levanté muy temprano, decidido a lograr mi objetivo.

Extrañamente, el recorrido que normalmente me solía llevar nueve minutos completarlo, esa vez lo hice en cinco, supongo que por la inquietud.

Cuando la vi, me excité. Aceleré el paso para reunirme con ella lo antes posible.

Esa vez, fui yo quien le saludó primero, con una sonrisa algo forzada.

— Buen día, ¿cómo se encuentra hoy? — dije casi susurrando.

— Ahora que lo dice, me encuentro en un momento espléndido. Aprecio su interés y lo agradezco sinceramente. — manifestó con sorpresa. — Por cierto, ¿qué secretos guarda esa libreta que siempre le acompaña?

Me sorprendió bastante esa pregunta repentina. No estaba dentro de mis posibles respuestas a mi novedosa interacción con ella la existencia de mi Diario.

— Es mi cuaderno de escritura. Se llama Diario. — contesté taxativamente.

— Curioso, y si me permite la indiscreción, ¿puedo preguntarle qué es lo que escribe en él?

— No. — dije.

Tras una breve pausa, en la que asimilaba la intromisión, reflexioné y cedí a su pregunta, ya que quería saber de una vez por todas, donde me iba a llevar la conversación con la mujer.

— Normalmente, escribo lo más relevante del día, y últimamente, mi Diario solo recibe información sobre un dichoso trabajo de lengua y sobre usted. — Anuncié mientras me erguía.

— Ah, me alegra saber que mi presencia haya despertado su curiosidad. — me contestó dichosamente. — Por cierto, ¿acaso querías que te brindara ayuda con el trabajo de lengua, Elio?

— Hmm, me parece. Pero antes de nada, no me llames por mi nombre. Partiendo de hoy, nuestra relación será meramente profesional, por eso, encuentro más eficiente nombrarnos por pseudónimos. Si no le importa, prefiero que se refiera a mí como Neo. Yo la llamaré Morfeo.

— Fabuloso, querido Neo. — dijo regalándome una sonrisa.

En ese instante, me invadió una fuerte presión en el pecho, pero diferente a la que normalmente sentía cuando algo no me gustaba. Esa, en cambio, fue agradable, como si una pequeña personita me hubiera abrazado dulcemente el corazón.

Eso me gustó.

— Volviendo a la tarea en cuestión; tengo que escribir un poema sobre el empalagoso sentimiento llamado empatía. ¿Morfeo, tú lo conoces? — le pregunté.

— Pues da la hermosa casualidad que sí, es precisamente mi sentimiento favorito. Mañana empezaremos su aprendizaje a través del maravilloso mundo de la capacidad para identificarse con otra persona y comprender lo que esta siente. Además, como podrá haber deducido, me apasiona la poesía — me dijo guiñandome un ojo. — Me marcho ya, no quiero ser la razón por la que pierda el autobús. Adiós, Neo.

— Bueno, no es exactamente lo que deseaba, pero supongo que lo necesito para escribir el poema. — contesté.— Adiós, hasta mañana.

Al volver en sí, me dí cuenta de que ciertamente tenía que subir al autobús. Me distraje demasiado, pero no me arrepentí de haber hablado con ella de mi tarea y del haber sido capaz de romper el círculo angustiioso que había entre nosotros.

Al otro día, ella ya se encontraba en la marquesina, tan puntual como mi querida alarma, aunque tengo que decir que por primera vez en muchísimo tiempo, le hice caso omiso, ya que me levanté media hora más temprano, con la finalidad de poder hablar más tiempo con la mujer con sombrero peculiar.

Me estuvo relatando casi veinte minutos sobre la delicadeza de los sentimientos humanos, insistiendo como si sus palabras pudieran esculpir mi forma de ser. Ni con la señorita Milagros lo pasaba tan mal. Creo incluso, que con ella me lo pasaba mejor, ya que hablábamos de mí.

Yo pensaba que eso de la empatía solo duraría un día, pero no. Diez días estuvo Morfeo torturándome con sus palabras.

De lo único que me alegro de todo eso, fue el hecho de que gracias a su paciencia, al final, logró encontrar una pizca de empatía en mi ser. Lo que Milagros no consiguió en siete años, Morfeo lo alcanzó en diez míseros días.

También descubrí que ya llevaba seis años siendo empático con un ser vivo sin saberlo. Ese era mi gato.

Desconocía que el sentimiento que sentía por esa peluda criatura fuera en realidad empatía.

Desde muy pequeño consideré a Wilson, mi gato, un verdadero igual. Gracias a nuestras similitudes en torno al carácter.

No quiere que lo toquen en según que partes del cuerpo, aunque a veces sí que puedes tocar, pero nunca sabes cuando. Siempre desaparece, necesita libertad, pero resulta que nunca va más allá del entorno conocido.

Siempre se levanta a la misma hora; duerme en el mismo sitio en verano y en otro en invierno.

Por no decir que con sus maullidos, a veces parece que estemos teniendo una conversación totalmente entendible al oído humano.

En fin, creo que nos complementamos muy bien mutuamente.

Pienso fuertemente, que si todos los gatos fueran al psicólogo, también saldrían de allí diagnosticados con Asperger.

**30/7/2024**

*Ayer disfruté de mi primera masterclass de poesía con Morfeo. Me tuve que levantar una hora más temprano, ya que sinó no nos hubiera dado tiempo de hablar de nada.*

*Ella quería empezar por la teoría, las normas, pero yo le dije que no hacía falta, que ya lo había aprendido en clase con Milagros. Así que decidió que iniciaríamos por lo segundo más importante, puesto que el tema me lo habían dado ya; la persona a quien le escribiría el poema.*

*Al principio, no entendí por qué eso era importante. Creía que hablar de la empatía era suficiente, pero Morfeo no estaba de acuerdo. Me dijo que la empatía era el tema principal, sí, pero que debía pensar en quién recibiría las palabras del poema; debían tener un dueño. No tuve que pensarlo demasiado. Enseguida pensé en mi gato, y creo que a Morfeo le gustó la idea.*

*Hoy he hecho una lluvia de ideas mezclando palabras que refieren a la empatía y otras que me hacen pensar en mi gato, mi mejor amigo y que quiero incorporar al frustrante poema. Esto es lo que he conseguido:*

- |            |            |               |
|------------|------------|---------------|
| - Mirar    | - Compañía | - Entender    |
| - Escuchar | - Lluvia   | - Desconocido |

*Ahora, me enfrento al reto de transformar estas palabras sin sentido alguno en el alma de mi futura obra prima.*

**8/8/2024**

*He terminado el poema, o al menos eso creo, entrelazando el amor incondicional que profeso por mi querido gato con la fascinación que en mí despierta la naturaleza incierta de Morfeo. Querido Diario, por si acaso no logras identificar a quién pertenece cada estrofa, te lo explico:*

*Los primeros seis versos son para Wilson, mi fiel compañero. El único ser en este vasto universo que realmente sabe comprenderme y respetarme. Al que le dedico la empatía.*

*Los seis restantes, para ella. La presencia enigmática que lleva casi dos meses sembrando en mí sentimientos encontrados. Esos versos le pertenecen a ella, y a ella sola.*

*Hoy se lo enseñaré. Espero que le guste.*

*Te miro,  
no hablas,  
pero entiendo.*

*Te acerco la mano,  
cierras los ojos.*

*Yo también.*

*Bajo la lluvia,  
tú y yo,  
desconocidos.*

*No hablo,  
pero logras entenderme.*

*Yo también.*

**9/8/2024**

*Hoy fui a la marquesina más temprano de lo normal. Llevaba mi cuaderno bien sujeto, asegurándome de que el poema no se arrugase. Quería ver su expresión cuando lo leyera, cuando descubriera que había logrado lo imposible: escribir sobre la empatía, y además, sobre ella.*

*Pero ella no estaba.*

*El lugar donde siempre la encontraba estaba vacío, como si nunca hubiese existido. Esperé unos minutos, observando el horizonte, esperando verla aparecer con su abrigo de terciopelo marrón y su sombrero de copa, pero el autobús llegó, y Morfeo nunca lo hizo.*

**Viernes 21 de febrero de 2035**

Pasé el resto de lo que quedaba de agosto sumido en la duda, preguntándome si realmente existía aquella persona con la que había tejido una especie de amistad.

En un suspiro, septiembre llegó, y con él, el regreso al instituto. Ese año comenzaba primero de bachillerato. Una nueva etapa. Nuevos compañeros, nuevas formas de enseñanza. Hubiera estado emocionado, si no fuera porque las huellas de la desaparición de mi singular mentora seguían frescas en mí.

Llegué al instituto con quince minutos de antelación, con la intención de entregar el poema a la señorita Milagros con tiempo de sobra.

Curiosamente, ella seguía igual. Las mismas arrugas junto a sus mejillas, el mismo aroma corporal inconfundible.

— ¡Hombre! Qué alegría verte, Elio. ¿Cómo han ido las vacaciones? — me preguntó mi carismática profesora con una sonrisa cálida.

— Bien. — respondí, bajando la mirada hacia el suelo.

— Me alegra. Por cierto, ¿has terminado el poema que te dejé de deberes, querido? — Al escuchar esa palabra, me estremecí. "Querido" era la forma en que Morfeo me solía llamar con dulzura.

— Sí, aquí está. — respondí, entregándole una hoja arrancada de mi cuaderno.

Al terminar de leer el poema, Milagros me miró fijamente, y una sonrisa se dibujó en su rostro. Esa sonrisa me recordó intensamente a ella.

— Muy bien, Elio. — dijo, dejándome solo en el pasillo.

Me quedé allí, sintiéndome extraño, incompleto, como si algo me faltara.

Mientras caminaba hacia mi nueva aula, mis pasos se detuvieron al notar que aún colgaban los carteles de literatura que había colocado el año anterior, en lo que solía ser mi antigua clase. Recordé el día en que los pusimos, cuando estudiamos literatura española en lengua. Todo parecía tan lejano, tan diferente. Algo me impulsó a acercarme a lo que había sido mi aula, como si buscara algo perdido entre esos muros.

Con una mezcla de curiosidad y nostalgia, me adentré y comencé a leer los carteles.

Fue al llegar al de la Generación del 27 cuando el tiempo pareció detenerse. Y allí la vi. Sí, la vi a ella. A esa mujer que un lunes irrumpió en mi marquesina, que traspasó mis pensamientos como un rayo de luz; a esa mujer que, sin saberlo, me enseñó lo que realmente significa la empatía, mostrándome cómo comprenderla de verdad.

En ese cartel, vi a Morfeo, al individuo o a la individuoa. Y vi a Ernestina de Champourcín.

Había un cartel único para ella, con una gran fotografía de su rostro sereno, que reflejaba toda la profundidad de su alma. Debajo, en letras claras, leía: "Ernestina de Champourcín, una de las sinsombrero de la Generación del 27."

El corazón me dio un vuelco, como si la presencia de su figura, aunque ausente, hubiera vuelto a llenar todo el espacio.

Fué allí donde terminé de recitar lo que Ernestina llevaba tiempo esperando que contestara:

— Al final de la tarde  
dime tú ¿qué nos queda?  
El zumo del recuerdo  
y la sonrisa nueva  
de algo que no fue  
y hoy se nos entrega.

Al final de la tarde  
las rosas siguen lentas

abriéndose y cerrándose  
sin caer aún en tierra.

Al final de la tarde  
no vale lo que queda  
sino el impulso mágico  
de la verdad completa.

— Gracias por todo.